

# ACRACIA

REVISTA SOCIOLÓGICA

Publicación mensual de treinta y dos páginas, á una peseta trimestre, y más el exceso de franqueo en el extranjero

Julio de 1887

Año II

N.º 19

La correspondencia administrativa y de redacción dirijase á Bienvenido Rius, San Olegario, 2, pral.; Barcelona

## Á NUESTROS LECTORES

**M**ODESTÍSIMAMENTE dimos á luz nuestra revista ACRACIA, con ocho páginas de lectura. Después del primer semestre, tuvimos necesidad de doblar el número de páginas para satisfacer los deseos de los compañeros y suscritores. Y hoy nos hallamos materialmente acosados por los continuos ruegos de nuestros constantes lectores, lo mismo de la localidad que de fuera, para que aumentemos la cantidad de lectura.

Verdaderamente esto nos llena de satisfacción, y acusa que hemos venido al estadio de la prensa á llenar una necesidad por muchos sentida. Así únicamente se explica el creciente éxito de ACRACIA, ya que por su valer dista mucho de estar á la altura de su misión; y no por cierto por falta de firmísima voluntad y positivo entusiasmo, sino porque á más no alcanzan nuestras fuerzas intelectuales, que ya no sería por obreros escrita, si no llevara el sello de la anemia moral y física á que tan duramente nos condena el bárbaro capitalismo.

Pero mientras un ápice de dignidad poseamos, de ese sentimiento que eleva los caracteres hasta el límite de la imposibilidad de ser sojuzgados por irracionales é injustas opresiones, lucharemos con toda la energía de que somos capaces, para que cuanto antes cesen las arbitrarias desigualdades sociales y se derrumben todas las tiranías. Y lo que no consigamos como bien cultivados cerebros, lo supliremos por el constante estudio y por nuestra decidida pasión por la emancipación social, hasta el punto de que, ó nos avergoncemos de ser explotados, ó se avergüencen de oprimirnos por la grandeza de nuestras aspiraciones, por la imposición de nuestras virtudes y por la generosidad de nuestros sacrificios.

Por esto, pues, recibimos con inmenso júbilo las manifestaciones de cariño que se nos envían de todas partes; por esto embarga nuestro ánimo los elogios que se nos tributan, por amigos y aun por adversarios; por esto nos decidimos á complacer á todos hasta donde nuestras fuerzas alcancen; por esto, en fin, aparece ya este número de treinta y dos páginas. El esfuerzo de los suscritores es correlativo al nuestro, y juntos llegaremos á la meta de nuestros propósitos.

Así en año y medio que llevamos de existencia, habremos pasado de la aspiración á la realidad. Desde hoy, pues, nuestra querida revista se habrá hecho mayor de edad, y vivirá llena de lozanía y vigor.

Si, como creemos, esto satisface á nuestros lectores, colma también los deseos de

LA REDACCIÓN.

**P**OR idéntico razonamiento al expuesto acerca de la Comisión federal y de los Estatutos generales, juzgamos inútiles las Comisiones comarcales de la Federación regional. Significan éstas para la comarca, lo que la Federal para la región; y ambas tienen parecida reglamentación y desempeñan funciones iguales. Esto es, si la Federal representa la administración central, la suma de la organización; las comarcales representan lo mismo en sus respectivas comarcas, á manera de diputaciones provinciales en el régimen político. Son, además, las intermedias entre las federaciones locales y la Comisión federal.

¿Qué necesidades llenan las comisiones comarcales? Para nosotros ninguna. Habrán prestado buenos servicios, sin duda, puesto que no podemos dejar de reconocer la buena fe de los compañeros que las han constituido, y con esta sola condición necesariamente se ha de servir bien á la causa, como aconteciera igual no ejerciendo cargo; pero también las comarcales han sido á veces inconscientemente serio obstáculo á la libre iniciativa y libertad de las federaciones locales y secciones. Tal como se interpretaba nuestra organización años atrás, en la que una estricta regla de conducta y subordinación á toda prueba eran su principal distintivo, creyendo que toda discrepancia había de causar honda perturbación en nuestras filas, obligaba á las administraciones central y comarcales á cuidarse más de esta misma subordinación, que de los principios y de sus naturales prácticas y consecuencias, con un cierto temor y celo que degeneraba á menudo en irritante dictadura. Así todo acuerdo de la Federal se transmitía con marcada influencia á las comarcales, y más de una vez se han elaborado maquinaciones, con buen fin seguramente, pero con notoria contradicción con nuestros ideales. Y conste que no es nuestro propósito ahondar ni resucitar discordias; pero es preciso aludirlas para que se haga memoria de que se ejerció poderío.

Cuando no ha turbado nuestra tranquila marcha ninguna extraña pretensión, las comarcales nada han hecho digno de mencionarse; probando asimismo su nulidad. Regularmente son las comarcales sólo propagadoras de la organización, y como acontece casi siempre, tienen que recurrir á las federaciones locales á que las presten su concurso con los elementos disponibles. Y como el que está dispuesto á ser propagandista, con y sin la comarcal cumple su deseo, no necesita para nada su excitación. Debe tenerse presente, además, si mal no recordamos, que la creación de las comarcales se debe á un periodo de persecución, como un medio como otro cualquiera de salvamento. Pero no se ha cuidado nadie de quitarlas cuando han venido tiempos normales; porque el remedo de los sistemas políticos influye todavía en nosotros; y así tomaron carta de naturaleza, la costumbre las hace necesarias y ya nos consideramos huérfanos y abandonados sin ellas.

Partiendo, pues, del criterio de que no son convenientes los intermedios para la buena educación ácrata en nuestra organización, y de-

mostrado, aunque á la ligera, la inutilidad ó perniciosos efectos de las comisiones comarcales, opinamos por su desaparición.

Eliminado de esta suerte todo lo que pudiese parecer ó que pudiese convertirse en *poderes administrativos*, queda la *federación revolucionaria*, libre en sus iniciativas y relaciones, desenvolviendo según sus necesidades ó intentos lo que hemos llamado única base esencial para regirse así los hombres como las colectividades: el libre pacto.

Entonces el principio federativo, ¿dónde queda? se nos figura que se nos ha de objetar.

Hora es ya de que digamos algo acerca de esto. Para nosotros el principio federativo no es una base social indispensable, y como somos decididos partidarios de reducir las nociones sociales á la más simple expresión ó á lo ilustradamente probado necesario, no queremos llenar más los cerebros de frases y fórmulas que á nada conducen y si hacen algo es embrollar. Bastante cargado se halla el entendimiento humano de cosas vacías de sentido ó perniciosas, para que aumentemos nosotros la carga con superfluidades.

Según nuestro humilde criterio, el llamado *principio federativo* es sencillamente una fórmula puramente política, en contraposición del sistema unitario gubernamental. Así el mismo Pi y Margall, por ejemplo, para dar á la federación un aspecto social, la ha completado con el pacto sinalagmático, conmutativo y bilateral, extensión revolucionaria que ha rechazado el partido federal, cohibiendo á su mismo jefe, por el sentido mismo que informa el principio federativo, esencialmente gubernamental, como régimen gubernativo es la democracia, juzgados ambos conceptos, así por la exposición teórica, como el alcance que se les ha dado en la práctica.

Porque debe tenerse en cuenta que la democracia y la federación, y el mismo pacto propagado por el jefe del partido federal, no pueden partir más que del derecho político, ineficaz para la solución del problema social, por cuanto sólo pretenden garantizar el derecho del ciudadano, coartar el abuso del poder, sostener la independencia, la descentralización de las municipalidades; pero no se alteran para nada las condiciones sociales existentes que autorizan la explotación del hombre por el hombre, que dividen la sociedad en clases: la de los ricos y la de los pobres: protegiendo á la primera todo el mecanismo político, en menoscabo de la segunda, la que todo lo paga, y sólo recibe palo en recompensa.

Y la base social no puede, no debe ser ya el ciudadano en todas sus categorías, sino el productor, ya que sólo el trabajo es la ley natural que satisface todas las necesidades, y la organización del trabajo y de los trabajadores la única racional para fundar ó basar las sociedades humanas, como debe ser la única fuente del derecho y de la justicia.

Todo otro origen, todo otro orden de ideas ó de derecho social, es ineficaz, ficticio y opresivo. Ineficaz, porque no resuelve el problema, ya que quedan muchos seres de hecho fuera del banquete de la vida, al cual todos tenemos derecho; ficticio, porque se pretende dar apariencias de

igualdad á lo que sólo sanciona irritantes desigualdades y privilegios; opresivo, porque donde subsistan privilegios y desigualdades ha de haber tiranía, y por esto el principio de autoridad, el gobierno, es la primera condición de toda esa farsa de ideales políticos aparentemente redentores.

Y si la democracia y la federación sintetizan un progreso político, como fórmulas más liberales dentro de las condiciones sociales de hoy harto tiránicas; la acria y el pacto son principios sociales del porvenir en contraposición de todas las fórmulas gubernamentales, expoliadoras y antiliberales.

Ya hicimos notar al comienzo de este trabajo que, cuando no concebíamos más que el sistema unitario, significaba un progreso la federación. Mas hasta ahora no hemos caído en la cuenta de que aun con el principio federativo se mantiene la unidad y la centralización, lo mismo aplicándolo en las constituciones políticas que en nuestros organismos. Y sin duda su ineficacia ha revelado el pacto.

Es la federación, para nosotros, un conjunto de centralizaciones que parten del municipio, pasan por la provincia y mueren en el Estado central; pero al fin, unidad, centralización, absorción, gobierno, tiranía. ¿Qué otra cosa no es el conjunto de unidades que constituyen la federación local; las localidades, la federación comarcal; y las comarcales, la Comisión federal, más que el municipio, la diputación, el Estado? ¿No es exacto el remedo de las repúblicas federativas? ¿Y no os sentís cohibidos, así política como socialmente, bajo el peso de un encadenamiento como el que representa una tan hábil organización? Si el porvenir reservara á los pueblos el principio federativo, ¿no concebís, benévolo lector, lo que podría una organización tan bien eslabonada, que aunque no tuviera más carácter que el administrativo, significaría el verdadero gobierno de aquellos tiempos, por la presión de una formidable mayoría, por la decisiva influencia de las administraciones?

Para salvar los intereses y las costumbres de los pueblos, maltrechas por los poderes unitarios, el principio federativo es la fórmula más ingeniosa, puesto que salva aquéllos, como los mismos poderes. Pero, para la marcha de pueblos libres, absolutamente acriáticos, ¿qué necesidad hay del establecimiento del principio federativo, si el pacto (que entonces se ejercerá en igualdad de condiciones por todos con la refundición de las clases en una de productores) basta y sobra para todas las relaciones de pueblo á pueblo hasta los confines de la tierra? ¿Temerán acaso, la alteración de gustos, costumbres, etc., si la sociedad tiene por régimen el no gobierno? ¿Qué más variedad que la independencia de todos los pueblos dentro de la gran familia humana? Y por lo que respecta á la organización societaria de la Regional, que no se compone más que de explotados, de productores, que no hay, que no pueden existir intereses opuestos, ¿no le ha de bastar con el pacto?

Es menester que nos despojemos por completo del espíritu imitativo producido por el actual orden de cosas. El cambio social que preconiza-

mos no será completo, si no pensamos y sentimos de otro modo que lo que se siente y piensa hoy. Nuestra sociedad ácrata con las de hoy y con todos sus partidos políticos nada tiene de común, y un abismo nos separa de todos: la explotación, el gobierno, la tiranía, distintivos de todo lo existente, reformado y reformable; no son, no pueden ser, ni en poco ni en mucho, el trabajo, la acracia, el libre pacto. Basta, pues, de remedos y de aparentes aspiraciones comunes entre partidos políticos, más ó menos adelantados: ó con la emancipación social positiva, ó con la opresión y el privilegio.

Medítese bien acerca de este punto, y resuélvase como se juzgue mejor. Hemos dicho francamente nuestra opinión; si es desacertada, muchos lo probarán; y si no, á trabajar, que el trabajo es vida.

Por lo que toca á las federaciones locales y á sus componentes las secciones, dijimos ya lo bastante para que se sepa nuestro criterio, con motivo del examen del artículo 2.º de los Estatutos generales.

Sin embargo, aun á trueque de ser pesados, nos parecen oportunas algunas más consideraciones.

Sentamos entonces la idea de que es un absurdo, según el principio ácrata, no reconocer más que una sola sección de oficio en cada localidad, así como recabamos para las colectividades la misma libertad de acción que para los individuos, á quienes queremos completamente libres; esto es, consideramos lógico que no se obligue á seguir una pauta determinada de organización, que no se tomen acuerdos, que no se legisle sobre el modo de agruparse los productores que aspiran á la emancipación social, por cuanto juzgamos que así como el sér humano desea y quiere ser libre en todas sus manifestaciones, así debe resultar el conjunto de libres individualidades que se asocian para prestarse la mayor suma de fuerza que por sí solas no podrían conseguir.

¿Cómo poner trabas nosotros, los ácratas, al modo de producirse las agrupaciones? Más de una vez hemos visto surgir conflictos, sencillamente porque unos eran de opinión que debían formarse grupos para responder á la obra revolucionaria que se deduce de nuestros principios, y otros, creyendo en la eficacia de nuestro sistema, opinaban que no debía tocarse en un ápice el molde en que se halla basado. Todos querían lo mismo, y, sin embargo, el disgusto acrecentaba hasta el punto de eliminarse unos ú otros elementos. ¿Que más sencillo, pues, que aceptar todas las manifestaciones de asociación, practicando de esta suerte el acratismo y no desperdiciando el más mínimo esfuerzo revolucionario? No se tuvo entonces en cuenta de que de todos modos se puede trabajar, que para los fines revolucionarios el grupo y la sección no son incompatibles, y, sobre todo, que no teníamos derecho á desestimar el concurso de leales compañeros, por el solo motivo de que consideraban que una forma de asociación era más propia para sus trabajos que la establecida; nimio detalle ante el gran objetivo que nos congrega, y bastante poderoso nuestro rutinarismo para retraer de la vida activa á decididos compañeros, cuando tan escaso número contamos.

Puédesele preguntar al individuo, á la agrupación ó á la sección de oficio: «¿á qué venís á nuestro lado?» que si á nuestra causa vienen con decisión, la inteligencia es natural, rápida. Pero, preguntar «¿de qué modo, con qué sistema de agrupación queréis formar en las huestes emancipadoras?» es cosa tan ridícula en nosotros, que se nos podría objetar: «¿qué os importa esto? queremos lo mismo que vosotros, conformes nos hallamos con vuestros principios, ¿qué más queréis? ¿no somos libres para organizarnos según consideremos más justo ó conveniente á la causa que sustentamos? ¿hemos de disciplinarnos por ventura?»

Nosotros no hallamos contestación á esto, y por tanto opinamos que «*la forma societaria, como manifestación de la libertad individual, é integrando un derecho, es ilegislable.*» — En consecuencia, todo acuerdo que determine régimen ó exclusivismo en la manera de agruparse los seres, es establecer legislación, y como toda legislación es atentatoria á la libertad humana, creemos debe desecharse por anti-acrático.

Partidarios somos del libre pacto como base de las relaciones sociales, como ya hemos dicho, y es muy distinta cosa, comprometernos voluntariamente á la realización de tal ó cual cosa, bajo tal ó cual base, ó tener que sujetarse á estos ó á aquellos procedimientos para conseguirla: como una cosa es estudiar y convenir en el mejor sistema de agrupación, y otra cosa es imponerle á los que traten de ser nuestros compañeros. Con lo primero buscamos el complemento de nuestras aptitudes y fuerzas, y aun la propia libertad individual; con lo segundo, nos regimentamos y sujetamos á acuerdos tomados *à priori*, para los cuales tenemos que hacer abdicaciones, que inconscientemente dan pié á dictaduras más ó menos extensivas, y con dictadores no se hacen revoluciones ácratas.

Resta ahora solamente tratar de las uniones de oficio para hacer un examen acabado de la organización. Pero esto daría una extensión enorme á nuestro trabajo, y tal vez sin interés por la manera de ser de estas federaciones. Por otra parte, nuestro objetivo era tratar de la organización sostenedora de nuestros principios, para ponerla con ellos en armonía, á título de simple opinión particular. Las uniones de oficio, por su especial carácter, tienden á una ambigüedad muy difícil de concretar más que en una cosa: á la lucha por las mejoras materiales; al deseo de emancipación y á la práctica de la solidaridad en la lucha de resistencia al capital; y esto las embarga toda su actividad, no cuidándose mucho de principios y trabajos revolucionarios, aunque todo tiende al mismo fin.

De todos modos, si redujéramos el sistema societario, que es puramente un medio, á método bien sencillo y muy acrático por el tenor del criterio expuesto,—y suponiendo que andamos acertados,—no dudamos que este criterio se iría aplicando á todos los organismos que pugnan por la emancipación humana.

Si de cualquier manera este trabajo fuese incompleto,—que si lo es,—

otros seguramente llenarán los huecos que contenga, que nadie ha llegado á la perfección; y sólo habríamos abierto la discusión de unos puntos que juzgamos sumamente útiles para la buena marcha del proletariado.

Y para terminar, repetiremos un párrafo de nuestro tercer artículo:

«Hemos de tener presente que aspiramos á un cambio social en sentido acrático. Sabemos que la fuerza para conseguir este objeto debe radicar en el convencimiento del mayor número posible de seres. Y por tanto, lo que hace falta es mucha, muchísima propaganda, constante estudio, organización espontánea de todos los elementos simpáticos, y mucha, muchísima práctica de acratismo en todo, que es la educación social que nos prepara para asegurar las conquistas que hagamos.» — *Voilà tout.*—P.

## PREOCUPACIONES Y PROBLEMAS

(BOSQUEJOS PARA UN LIBRO)

### II

#### MÁS SOBRE PATRIA

**A**CRACIA y patriotismo pueden coexistir, al igual que patriotismo y cosmopolitismo.

Pero entiéndase bien, que no nos referimos al patriotismo histórico ó burgués, al patriotismo que lleva al hombre de una localidad, comarca ó nación á considerar como enemigo á su vecino, hallando malo todo lo de aquél y bueno lo suyo, y viviendo siempre dispuesto á querellarse contra aquellos que sean considerados extranjeros. Esto, que podrá ser por algunos tomado como expresión de amor patrio, es para nosotros puro salvajismo y nada más.

Sin pretender dar una definición exacta, precisa, acabada de lo que entendemos por amor patrio, diremos al objeto de hacernos mejor comprender, que tomamos bajo tal denominación el carácter ó la personalidad local de cada villa, pueblo, comarca ó región y el sentimiento individual ó la simpatía que engendra en las personas que nacen ó se desarrollan en su ambiente. Patria, será, si se quiere, la estima de los caracteres peculiares de la localidad respectiva, porque están más conformes con la propia manera de sentir.

Que este sentimiento es diverso del comprendido en la acepción rigurosa de la palabra *Patria*, que en sí encierra el concepto de posesión ó pertenencia, lo reconocemos; pero sobre que no hay otra palabra para expresarlo, tenemos un motivo poderoso para no darle otro nombre en esto momento y es: que siempre se confunden bajo una misma denominación y un mismo concepto los efectos de ambos sentimientos: del sentimiento natural que llamamos amor patrio y del convencionalismo tiránico y bárbaro que llamamos «patriotismo burgués» á la sombra del que tantas injusticias é iniquidades se han cometido.

Por otra parte, antes que nosotros, el pueblo, el vulgo, el señor *tout-le-monde* ha venido desde tiempo lejano señalando estas acepciones. En Es-

pañamuchas comarcas tienen frase propia para expresarlas. Los aragoneses no quieren significar idea de posesión ó propiedad cuando en la conversación dicen: *en mi tierra*, ni los gallegos al decir *minha terra*, ni tampoco los catalanes en lo de *la meva terra*, concepto que expresan estos últimos á veces de un modo inverso para igual caso, diciendo *en la terra que no es meva*. Se refieren al país, excluyendo de la frase la idea de propiedad.

Sucede en esto algo semejante á lo que pasa con la palabra *Anarquía*, que encierra para la mayor parte de los cerebros la idea de desorden, de revolución desenfrenada, por más que otra sea la acepción exacta de la palabra; y escritores pulcros, amantes del rigor de la frase, siempre la emplean mal y ayudan á que se confunda *anarquía* con *desorden*, del propio modo que se confunden *salvajismo* y *amor patrio*, bajo la palabra Patria.

Cúmplenos, para mayor claridad, exponer ó detallar algo más el concepto de patria como sentimiento natural, al objeto de procurar quede demostrado cuanto podamos la afirmación de que patriotismo y acracia pueden coexistir lo propio que patriotismo y cosmopolitismo.

Resolviendo las cuestiones por el criterio de la libertad, hemos de reconocer á las localidades, — representen la entidad que se quiera, — la expresión de sus maneras propias, típicas, características, así sea en lenguaje, costumbres, organización, literatura, arte, etc., etc. Esta libertad de expresión local imprime en nuestros días é imprimirá en lo porvenir sello particular á las producciones todas del humano ingenio.

Pero si hay alguien que pretenda han de desaparecer las diferentes maneras de sentir que llamamos *expresión local*, creyendo que las cinco partes del planeta hablarán de igual modo, pensarán de la propia manera, vestirán bajo un modelo común, tendrán una misma forma de expresarse en arte y literatura, que el gusto estético será uniforme, que reinará un día la uniformidad soñada por los comunistas; si hay alguien que tal piense, sobre andar muy lejos de lo cierto ni de lo posible,—que en esto no queremos entrar ahora,—ha de convenir: primero, que el reinado de sus ensueños va infinitamente lejos, tanto, que sin duda estamos más cerca de los periodos prehistóricos en lo antiguo, que no de aquella pretendida é imaginaria uniformidad social del porvenir; y segundo: que como es absurdo elevar á dogma tal ó cual manera de expresión local para imponerla á todos; como no hay medio de obligar á que otro halle superior lo que en su propia manera de sentir es inferior, no pudiendo estas cuestiones llevarse al terreno de la discusión para votarse por mayorías ni minorías, resulta, pues, que siendo el mandato la única fórmula para llevar á término tal unificación, y considerando este medio como atentatorio á la libertad local é individual, no siendo posible partir de un tipo perfecto de verdad, ni menos de uno relativo acatado y reconocido universalmente como tal; no queda, pues, otro recurso,—y es de sentido común que así sea,— sino dejar á cada individuo, á cada localidad, á cada comarca, á cada porción de terreno habitado, en el goce per-

fecto de sus sentidos, en el desarrollo de sus gustos é inclinaciones. Y si, por ejemplo, la música popular de una comarca determinada, por expresar vivamente sus sentimientos, agrada en extremo á los allí nacidos ó criados, hay que respetarla aunque disguste á los habitantes de otras comarcas cuyas aficiones sean más enérgicas que las sentimentalistas de aquéllos. La música de unos y otros por diferencias que les separen en su expresión, tendrá efectivamente unidad, unidad real, no creada por decreto, votación ni acuerdo alguno, sino hija de las leyes naturales de la música.

Lo que decimos de la música puede decirse de la literatura; tenga cada cual la que mejor cuadre á sus aficiones ó esté en armonía con su carácter y medios ambientes en que haya vivido.

Y ¿por qué no partir del mismo principio en organización y costumbres? Convengamos en que es preciso respetar la libertad mientras no se abuse de ella para practicar injusticias. Estaremos siempre conformes en que haya una acción común para oponerse á los atropellos de que sean víctimas un hombre ó muchos hombres, un pueblo ó muchos pueblos, una comarca ó muchas, pero esta acción, sea común, sea particular, la rechazamos cuando sirva para imponer, para ejecutar una injusticia, para impedir el goce de la libertad.

Si una región se da esta ó aquella fórmula de organización en los diversos ramos del trabajo ó en administración popular, nada ha de importar á las demás, existiendo el mutuo respeto á la libertad. Lo esencial, —para los ácrata-colectivistas,—es: anarquía y colectivismo, porque ambos principios son para ellos la fórmula de la justicia. Mientras los hombres ni los pueblos se separen en lo fundamental de lo que se estima justo ¿por qué ha de querer violentarse lo secundario, lo pasajero, lo accidental? pues en lugar secundario hay que colocar las manifestaciones individuales, la expresión local, ante lo estimado como fundamentos de la justicia.

Y si la fórmula de organización local no afecta á la libertad de nadie y por este solo concepto hay que respetarla, hay que respetar también las costumbres y el lenguaje, dejando al sentido común, á la comparación, á la necesidad y á la civilización,—únicos agentes modificadores,—que vayan siguiendo su curso, pues esta es la manera de llegar al mayor grado de unidad natural, sin imposición.

Porque nunca los habitantes de las regiones polares se expresarán como los del Mediodía de Europa ni los de los trópicos; ni puede sujetárseles á que tal hagan ni á éstos á que imiten á aquéllos. Pero si de las relaciones de unos y otros resultan modificados entrambos, y las modificaciones revelaran aproximación, aceptarlas como buenas sería lo único lógico y liberal, pero no lo sería exigirles, imponerles que tal hicieran.

Para negar el fondo de nuestros razonamientos hay que desmentir,—demostrándolo,—la existencia de los diversos caracteres locales, comarcales y regionales. Que éstos existen es evidente, y que subsistirán es mucho más presumible que otra cosa, aunque sea justo convenir en que pueden modificarse, en que pueden progresar.

Existen las diferencias características de cada localidad en el vulgo y en la gente culta,—en ésta tal vez á su pesar. Sin recurrir á tiempos pasados, por lo que nos cuente la historia, ni referirnos á países lejanos por lo que nos digan los libros de viajes, basta fijarnos en las comarcas de España y echaremos de ver desde luego notables diferencias en costumbres, en aficiones, organizaciones populares, música, lenguaje, construcciones, trajes, danzas, etc., etc. Esto es sabido de todos. Pero lo notable en ello es la armonía coexistente en las partes que constituyen el todo, que llamamos expresión local, pues mientras entre los cantares, la música, la danza, el traje y las costumbres gallegas hay unidad y revelan un mismo carácter y aun esto se halla en armonía con las construcciones ó viviendas y con la naturaleza ó expresión física del país, obsérvese la propia unidad en la expresión local andaluza, en la catalana, en la castellana, en la vascuence y en todas las que podemos llamar comarcas naturales.

Si se nos objeta que esto obedece á circunstancias que ya han pasado á la historia, que sólo residen estas diferencias entre la gente cuya cultura no está á la altura del siglo xix, tenemos motivos para afirmar lo contrario. Reconocemos, porque hemos tenido ocasión de apreciarlo, que el ferrocarril y el vapor transportando los hombres de uno á otro continente son dos agentes de progreso, cuyos resultados es difícil calcular; hemos observado cómo amenguan y desaparecen costumbres y hábitos seculares al contacto de la civilización representada por la vida moderna de las ciudades; pero esto, que en todo caso revela modificación, no niega cuanto venimos diciendo.

Véase la observación siguiente:

Personas cultas de todos los países constituyen las diversas colonias artísticas de Roma y de París. En la ciudad de los césares y los papas como en el emporio de la moda, las colonias, aunque relacionadas entre sí y lejos de su país, conservan, sin advertirlo, carácter nacional y aun comarcal en el medio de expresión que allí cultivan ó estudian.

Aun prescindiendo de Roma, cadáver galvanizado, cuyo carácter histórico la pone en el caso de no influir, de no comunicar sello á los artistas modernos que allí van á estudiar; podemos fijar la atención en París, cuyo predominio es manifiesto por imponer á buena parte del mundo la moda en los vestidos, en la comida, en las frases, en la ilustración de libros, en la literatura, etc., etc. Los artistas que á París acuden van allí, no á estudiar para luego dar realce á sus maneras locales, que casi todos quisieran perder al pisar los bulevares; van á adquirir el *chic* parisién, el gusto á la moda, porque les fascina, les arrastra. Y sin embargo, aunque algún individuo logre imitar, igualar, á los artistas de aquella metrópoli en su manera de sentir é interpretar, lo cierto es que las colonias conservan el sello distintivo de su procedencia, y cuando los artistas regresan al lugar donde han vivido la mayor parte de sus días, no llevan consigo la posesión del arte, del sentimiento artístico parisién, sino el propio modificado, *civilizado*.

Más aun. Las exposiciones de bellas artes celebradas en diversas ciudades de España revelan carácter local, que se nota por la comparación de unas con otras. Las que se han efectuado de algunos años á esta parte en la antigua confederación aragonesa, aunque mostraban un aire de familia marcadísimo, se distinguían perfectamente una de otra. La de Valencia se diferenciaba de la de Palma de Mallorca, y ésta y aquella de la de Barcelona, lo propio que la de Zaragoza. Y sin embargo, hay que hacer constar que ninguna de dichas localidades tiene pretensiones de formar escuela, pues nadie de entre sus artistas abriga semejante propósito, antes, por el contrario, creen que el arte es cosmopolita y á ello tienden.

Los literatos difícilmente ocultan su procedencia, aunque en general todos lo pretendan. Entre la corrección del estilo y lo castizo del lenguaje suele adivinarse un andaluz, un aragonés ó un catalán.

El tipo, las facciones humanas ¿no tienen un aire común en las localidades? Sí lo tienen y es difícil sustraerse á ello. Viajando en ferrocarril podréis distinguir con facilidad los naturales del país que se atraviesa y los forasteros, por la sola inspección de los rostros.

En resumen: las diferencias de expresión local son innegables; la armonía de todas las manifestaciones que componen aquel conjunto está patente en el traje, costumbres, lenguaje, ocupaciones, tipo y naturaleza física que forman siempre un todo sin discrepancias notables. Las diferencias de expresión entre unas y otras localidades ó comarcas son hijas de la naturaleza, de los medios en que es preciso vivir.

Ahora bien. Siendo exactas estas observaciones, que podríamos esclarecer, ampliar y detallar en buena proporción á disponer de tiempo y lugar, dedúcese á primera vista que no sólo pueden sino que deben coexistir acria y patriotismo, so pena de caer del lado del comunismo, negación de la libertad.

Porque, según decíamos en el anterior artículo, el «patriotismo» como sentimiento natural es una fase del amor, al igual del «cosmopolitismo.» Y si el cariño que el hombre siente por sus padres no impide el amor á la esposa y á los hijos habidos con ella; ni el amor que se tiene por la familia impide el que se prodigue á los amigos más íntimos y á aquellos por quienes sin serlo nos despiertan viva simpatía; ni este desarrollo del amor es óbice para que además de la familia y amigos se amen con entusiasmo diversos ramos del saber humano y además se sienta pasión por el pueblo natal, por la comarca en que está situado éste, y ensanchando el círculo de acción, se ame también á la región y al continente, hallando sólo término y tal vez no absoluto en el cosmopolitismo en el amor á la Humanidad, en la justa consideración de que efectivamente todos los hombres somos hermanos.

No hay duda que la expresión local, hija directa ó indirecta de la naturaleza física en que nos hemos desarrollado, tiene decidida influencia sobre nuestro sér. De lo cual resulta naturalmente que sentimos inclinación á amar los medios en que nos hemos criado, y aunque no sean

los mejores ni los más bellos, teniendo discernimiento para reconocerlo así, aun continuamos amándolos en lo íntimo de nuestro sér.

Este amor patrio es sentido en mayor ó menor intensidad, según el temperamento y educación individual. Es imperceptible normalmente, pero basta un pequeño incentivo para despertarse en nuestro sistema nervioso. La ausencia nos lo muestra palpable, y más aun si nos acompaña el infortunio. Notamos francamente su existencia cuando alguien ataca ó ridiculiza alguna ó algunas de las maneras de expresión local sin espíritu observador. Este caso, muy común en la vida, si por especiales circunstancias no nos hiere el cariño local ó amor patrio, suele por lo menos demostrarnos que está latente en el provocador, pues éste al tratar de zaherirnos parte del supuesto que la expresión local en que se desarrolló su sér merece concepto superior á la que critica ó ridiculiza.

La sensación que notamos al encontrarnos en países lejanos ante costumbres, lengua y carácter enteramente distintos de los que nos son comunes, encierra en sí el amor patrio en su acepción natural, y nos le hace perceptible á los sentidos, á la reflexión. En tales casos parecemos, — sin que sea verdad las más de las veces, — que las costumbres de nuestro país, el carácter de sus habitantes son mejores que los extraños que á nuestra vista y consideración tenemos. Esta sensación es la que hallamos condensada en poética forma en estos versos del himno de los felibres provenzales:

Tout enfantoun amo sa maire,  
tout auceoun amo soun nis:  
noste ceu blu, noste terraire  
soun per nousautre un paradís (1).

Y este mismo concepto, tomado en el sentido relativo que se desprende no dándole torcida interpretación, pueden repetirlo y aun lo repiten en distinta forma, no los habitantes del Mediodía de Francia que viven bajo un zénit diáfano y entre una naturaleza espléndida, sino también aquellos que viven en lugares donde el europeo moriría de nostalgia.

Damos aquí fin á estas divagaciones sobre el concepto de patria para no molestar más á los lectores, ya que escribimos sin método ni forma, por lo que no tenemos derecho á abusar del espacio, y más aun cuando quedan para otros números otros asuntos. No tenemos la pretensión de convencer á nadie con lo escrito, pues sólo nos hemos propuesto lanzar á la consideración de los compañeros estudiosos parte de nuestras observaciones sobre este punto al objeto de que se distinga, de que no se confundan el patriotismo histórico ó burgués, incompatible con toda idea de progreso y de justicia, con el sentimiento natural de amor á la patria, — que no ha de significar odio, desprecio ni rencor á la de otros, — y que como sentimiento natural es compatible con su congénere el cosmopolitismo, y por tanto con acracia y colectivismo. —

Es cierto que el obrero no tiene patria, como hemos echado repetidas

(1) —«El niño ama á su madre, el ave ama su nido: nuestro cielo azul y nuestra tierra son para nosotros un paraíso.»

veces en cara á la burguesía, porque á quien falta pan le falta todo, porque la patria en concepto político ó diplomático es puramente burguesa y la burguesía es la antítesis del proletariado. Pero no olvidemos que la forma actual de la sociedad es utópica, es arbitraria, anti-natural. Dada la manera de ser actual podemos decir que tampoco tenemos derecho á la vida, ni á la familia, ni á la instrucción, pues si nos conceden libertad para ello con la fórmula del salario nos privan de los medios para gozar aquellos derechos; pero para su reivindicación propagamos y luchamos, por eso, porque no los tenemos como de hecho no tenemos patria, aunque la patria exista y también el sentimiento natural que á amarla nos inclina.—C.

### LA COMPETENCIA

LA competencia engendra muchos abusos cuando es excesiva. El industrial sólo tiene tres medios de enriquecerse: 1.º perfeccionando la producción, que es el único legítimo: 2.º *reduciendo el precio de los jornales*, y 3.º engañando al consumidor en la cantidad ó en la calidad de las mercancías. Este último se emplea desde hace mucho tiempo. Nuestro comercio exterior está desacreditado porque los comerciantes falsifican los productos, y el del interior es todavía más fraudulento. Los acaparadores reciben beneficios sin producir y hasta sin vender: compran á plazo las mercancías, *sobre todo las de primera necesidad*, y en el intervalo trabajan á fin de que el precio suba todo lo posible para aprovecharse luego de la diferencia. El agiotaje, que empezó por el papel del Estado, se ejerce hoy públicamente con los trigos, los aceites, el jabón, el algodón, las lanas y demás materias primeras (1).

Hé ahí la causa del fenómeno descrito por Mr. Rossi. No queremos decir con esto que la falta de libertad en las transacciones no influya nada en esas horrorosas variaciones del mercado, no; comprendemos perfectamente hasta qué punto el libre cambio puede prevenirlas; pero dada la ley de *la oferta y la demanda* como único medio de determinar el valor de las cosas, sostenemos que, ni la libertad, ni ninguno de los demás medios propuestos por la Economía política, puede evitarlas. Pero volvamos á la competencia considerada entre los productores mismos.

«Generalmente, dice Smith, los capitalistas y los obreros determinan el salario por medio del convenio. Los obreros desean ganar lo más posible; y los fabricantes, á su vez, quieren pagar lo menos posible. Los primeros están dispuestos á concertarse para elevar el salario, y los segundos hacen lo mismo para reducirlo.»

Los dos ejércitos enemigos se encuentran en el campo de batalla, reueltos á probar con su bárbara conducta que la Justicia no ha existido nunca en las relaciones económicas; que la ley suprema de las sociedades es la guerra, y que su único principio moral es la fuerza. Veamos ahora cuál es, según Smith, el resultado de la lucha.

(1) Villaumé, *Economía política*.

«No es difícil prever cuál de los partidos debe obtener la victoria en todas las circunstancias ordinarias, consiguiendo imponer al otro por la fuerza, todas sus condiciones. Los capitalistas son menos numerosos y pueden concertarse fácilmente... En todas estas luchas, los fabricantes pueden vivir mucho más tiempo sin verse precisados á ceder ante las exigencias de los obreros. Estos, por el contrario, no pueden subsistir una semana sin trabajo... Por último: es muy raro que los obreros consigan su objeto por medio de estas tentativas violentas y tumultuosas que, ya por la intervención de los tribunales, ya por la constancia de los capitalistas, y ya por la necesidad en que se encuentran los obreros mismos, suelen dar por único resultado el castigo y la ruina de los iniciadores de la lucha (1).»

El cuadro que Smith nos presenta es exacto: y sin embargo, Mr. Coquelin, que lo acepta *como expresión de la verdad*, pregunta muy formalmente: «¿Debemos deducir de aquí que los fabricantes pueden concertarse y reducir los salarios hasta ponerlos por debajo del precio que el estado del mercado determina? Si tuviesen ese poder, lo emplearían seguramente para aumentar á cada instante sus beneficios á expensas del salario de los obreros: ¿pero quién no comprende que en este caso, la exageración misma de sus beneficios haría surgir al momento nuevos fabricantes que vendrían á participar de la ganancia, y que este solo hecho bastaría para poner los salarios en su justo nivel?»

Nosotros podríamos responder á Mr. Coquelin en estos términos: si los hechos que Adam Smith nos presenta son exactos, como decís, vuestras afirmaciones tienen que ser gratuitas y contrarias á la verdad. Son gratuitas, en efecto, porque no se apoyan en ningún principio ni en ningún hecho aceptable: y son contrarias á la verdad, porque la hipótesis que les sirve de base no es exacta en el caso que Adam Smith nos presenta. Los fabricantes no se aventuran en esas luchas sin examinar antes las circunstancias; y cuando provocan la guerra, seguros están de que nadie puede venir á hacerles competencia. El obrero, dice Smith, *no resiste una semana* sin salario, porque carece de fondos para subsistir. Esto es cierto: ¿y en qué país del mundo ha visto Mr. Coquelin que los propietarios de fincas rústicas ó urbanas, por ejemplo, las vendan y establezcan fábricas de tejidos, de hierros ó de papel pintado *en tres ó cuatro meses*? El capitalista no puede hacer su voluntad en este punto siempre que quiera, no cabe duda; pero en circunstancias ordinarias, puede abusar de su posición ventajosa frente á frente del trabajador, y lo hace; y en las extraordinarias, puede también arrojar sobre el obrero todo el peso de la miseria pública, en vez de soportarlo como los demás, y eso es precisamente lo que muchos capitalistas, propietarios y fabricantes españoles están haciendo en los actuales momentos, lo que Adam Smith censura con sobrada razón, y lo que Mr. Coquelin no puede evitar con su decantada teoría de *la libre competencia*. ¿Acaso

---

(1) *Riqueza de las naciones*.

ignora el ilustre que existen en el mundo *honrados* ciudadanos que especulan con la miseria de las masas trabajadoras, y algunas veces con el hambre de los pueblos?

«No olvidemos que el pauperismo actual ha sido el resultado de un gran progreso económico, el cual se debe á otro progreso, no menos grande, de la libertad industrial y mercantil. Acelerando la creación de la riqueza, se multiplican los peligros de la interrupción; y facilitando la acumulación de los capitales, se favorece la aglomeración de los obreros y la competencia (1).»

En último resultado, el pauperismo que nos devora es tanto más espantoso, cuanto mayor es el progreso industrial y mercantil que los pueblos alcanzan. Este fenómeno singular se explica por la aglomeración de los obreros que se hacen competencia entre sí, y sufren, á veces, la que los capitalistas les hacen constantemente. Luego, si la libre competencia favorece los intereses de ciertas clases privilegiadas que de ella se aprovechan, perjudica notablemente á la población obrera, que sufre las funestas consecuencias de todos sus desenfrenos.

«Como la fuerza, dice Mr. Ott, está de parte de los capitalistas y la libertad ilimitada les autoriza para usarla como mejor les parezca, es natural que lo hagan en provecho propio. Ahora bien: su interés les manda apropiarse la mayor parte posible del precio de los productos, dejando la más pequeña al trabajador; y como la competencia que se hacen los unos á los otros les obliga á reducir constantemente este precio, sólo piensan en eliminar á los obreros y disminuir los salarios de aquellos á quienes no pueden despedir. Los capitalistas disminuyen el número de obreros por medio de la división del trabajo y de la invención de las máquinas, mientras la competencia, apoyada en la injusta distribución de los instrumentos de trabajo, transforma en calamidades públicas los progresos reales que deberían dar por único resultado un aumento de riqueza y de bienestar para todos.»

Luego es evidente que ni *la propiedad*, ni *la división del trabajo*, ni *las máquinas*, ni *la competencia* producen los beneficios que la humanidad esperaba alcanzar, y que los economistas, partidarios del *statu quo*, nos describen á cada instante. Y bien: ¿cuáles son las inmediatas consecuencias de esa nueva fuerza económica que promete darnos la riqueza, la libertad y la justicia?

«En cuanto á los salarios, casi siempre consigue disminuirlos, porque generalmente, la oferta de trabajo es superior al pedido, y los jornaleros se hacen competencia los unos á los otros porque necesitan vivir. Hacerse la guerra para no morir de hambre; rivalizar en sobriedad hasta prescindir de lo necesario, habituarse á soportar más privaciones que los demás, contentarse con un alimento que no alimenta y consumir fuerzas que no se reparan. ¡Tal es el camino progresivo que la libertad ilimitada abre á los obreros!... No reproduciremos la odiosa descripción de las

(1) Cherbuliez, *Diccionario de Economía política*.

miserias que han resultado de la competencia ilimitada para las clases laboriosas; nada diremos sobre las que deben resultar todavía, pero permítasenos siquiera recomendar los hechos que se consignan en las obras citadas. Nada nuevo queda por decir en este asunto: la prueba está hecha, y de ella resulta lo siguiente: la práctica inglesa confirmó la teoría inglesa; y es evidente que la riqueza, creada según aquel sistema, nos conduce á la supresión del trabajador.»

Y si tan funestos resultados produce la competencia; si todas sus ventajas recaen inmediatamente en favor del propietario-capitalista-fabricante, que explota á su placer al infeliz obrero, ¿no es cierto que allá en el fondo de esas pretendidas teorías liberales está el origen de todas nuestras desventuras y el germen de la verdadera servidumbre? Los hechos observados así lo prueban, y la opinión de los economistas citados lo confirma. ¿Debemos, pues, suprimir la competencia, y con ella la libertad, el progreso y la responsabilidad del productor? ¿Buscaremos el remedio á los males que engendra en las absurdas teorías de Cabet, Owen ó Enfentin? Nada de eso: las fuerzas económicas son eternas como la sociedad misma; la libertad humana es tan necesaria y tan indispensable como la razón y el progreso; pero esas fuerzas deben equilibrarse mutuamente constituyendo una unidad orgánica, y ese equilibrio, que sólo el DERECHO puede establecer, no ha existido nunca en el mundo económico, abandonado completamente á la arbitrariedad y á la fuerza.

Organicemos el crédito y el taller sometiéndolos á principios racionales y científicos; establézcanse sociedades cooperativas para el consumo, cuyo principal objeto sea la regularización de los precios en el mercado, y la competencia será un instrumento poderoso de progreso, de libertad y de justicia, porque funcionará en un medio completamente nuevo que hace imposible el abuso, la sorpresa y el desenfreno, inevitables en las actuales condiciones de la sociedad. El mal que lamentamos no está precisamente en la naturaleza de las fuerzas económicas, no; está en su modo de funcionar, en las condiciones que las rodean y en nuestra propia inmoralidad, favorecida por los gobiernos que se hacen cómplices del egoísmo irritante de ciertas clases.—A.

#### UN RECUERDO REVOLUCIONARIO

ENTRE los documentos publicados por *El Cantón Murciano*, órgano oficial del gobierno revolucionario de Cartagena en 1873, hállase el siguiente:

**Junta Soberana de Salvación de Cartagena.**—*Comisión de Servicios Públicos.*—Considerando que la propiedad es uno de los derechos más legítimos del hombre, siempre que sea el resultado indispensable de su trabajo.

Considerando que una de las necesidades más urgentes de la revolución y uno de los principios más elementales de nuestra doctrina regeneradora, es el establecer una separación absoluta entre la propiedad bien y mal adquirida, justa é injusta.

Considerando que desde inmemorables tiempos y por efecto de los sistemas absolutos que han regido nuestro país, las fuerzas vivas de su producción y riqueza, se encuentran en su casi totalidad paralizadas é improductivas en las

manos de una docena de familias privilegiadas que la adquirieron por derecho de conquista y donaciones realengas.

Considerando que estas y otras razones económicas, que se demostrarán en otras análogas disposiciones, son la causa primordial de nuestra inferioridad relativa en el desarrollo industrial y comercial con respecto á otras naciones, haciendo, con gran escándalo de la lógica, el país más pobre del más rico en producciones naturales.

Considerando que tales privilegios económicos constituyen los mayores elementos de fuerza que las clases que los monopolizan emplean para combatir los sagrados derechos del pueblo.

Considerando que la revolución desea cortar estos abusos, destruir estos odiosos privilegios y reivindicar todas las justicias económicas.

Considerando que así mismo la revolución debe salvar la Hacienda pública y hacer frente á las necesidades que la avaricia y orgullo de otras privilegiadas familias han creado al Erario de nuestra desdichada nación con las luchas intestinas que la despedazan.

Esta Junta Soberana acuerda.

Se procederá desde luego y con la celeridad posible por los poderes revolucionarios, á la delimitación absoluta de la propiedad legítima y de la propiedad ilegítima.

1.º Quedan confiscados y declarados propiedad colectiva del Cantón, todos los bienes que radiquen en su término y que disfruten sus actuales dueños por herencia y con origen de gracia ó donación real, tales como vinculaciones, mayorazgos, capellanías; etc.

2.º Quedan confiscados, como propiedad colectiva del Cantón, los bienes adquiridos por venta del Estado desde la primera desamortización eclesiástica y que hayan sido pagados menos de la tercera parte de su valor real, revisándose por otras autoridades revolucionarias los asuntos, expedientes y títulos que existan sobre venta de bienes nacionales para resolver como proceda en derecho y justicia sobre la legítima de su posesión.

Cartagena 1.º de Octubre de 1873.

Al día siguiente publicó aquel diario esta rectificación:

**Junta Soberana de Salvación de Cartagena.**—*Comisión de Servicios Públicos.*— Por error en nuestro número de ayer, se publicó el decreto sobre la propiedad legítima é ilegítima, que aun no ha sido aprobado por la Junta Soberana, y sólo presentado á la misma por esta Comisión.

Cartagena 2 de Octubre de 1873.

La publicación de donde tomamos estos documentos nos hace saber que «tanto esta como otras disposiciones redactadas por un individuo de la Junta, no sólo no tuvieron efecto alguno, sino que fueron rechazadas por unanimidad. La tendencia de aquel individuo era dar al movimiento cantonal matiz socialista; pero ni el pueblo ni la Junta secundaron en lo más mínimo esa tendencia: precisamente el carácter más saliente de este movimiento fué el escrupuloso respeto á la propiedad, sin distinguos de ningún género. El empeño mostrado en insertar en el periódico oficial artículos, proclamas y proyectos de esta índole fué causa de que, desde el 22 de Noviembre, dejase de publicarse dicho periódico.»

No puede concebirse una revolución que no afecte al modo de ser de la propiedad.

La propiedad es un hecho anterior al conocimiento del derecho, y por tanto aquel hecho ha de ser necesariamente arbitrario é irracional.

Cada revelación científica del derecho es una aspiración revolucionaria contra la brutalidad del hecho, y por consecuencia, toda revolución

triunfante desposee cierto número de privilegiados y da un paso hacia la universalización de la propiedad.

Un recuerdo revolucionario fortalece de una manera brillante nuestra afirmación. Véanse los siguientes párrafos del discurso pronunciado por Pi y Margall cuando la célebre discusión sobre la Internacional en las Cortes:

Entramos, señores, en una de las cuestiones más graves que pueden presentarse: en la cuestión de la propiedad.

¿No os llama la atención, señores diputados, que a cada nueva revolución política que se verifica en el mundo se vuelve á poner sobre el tapete la cuestión de la propiedad? ¿No os dice esto que la propiedad es una de las instituciones más graves y al mismo tiempo más movedizas? A cada revolución política sobreviene una cuestión sobre la propiedad; porque la propiedad es la institución que más y mejor afianza el derecho y el poder de las clases que políticamente se han emancipado. Así, toda clase políticamente emancipada busca en seguida la propiedad, y toda clase socialmente emancipada busca en seguida el poder político.

Volved sino los ojos á la antigua Roma; ¿qué encontráis en los primeros tiempos de la república? Un patriciado que por de pronto es el único poder del Estado.

No se contenta, sin embargo, esa turbulenta plebe con tener tribunos que opongan su veto á las decisiones del Senado, no se contenta con poder dictar leyes que sean obligatorias para todos los ciudadanos de Roma; no le basta apoderarse del nombramiento de las altas magistraturas, obligando por este medio á aquellos orgullosos patricios á mendigar sus votos y á pensar en su suerte; pide sin cesar leyes agrarias, pide la participación en el *ager publicus*, es decir, en aquella inmensa masa de bienes que constituían entonces el patrimonio de la república. Esto es lo que constituye la obra de los Gracos; esto es lo que hace posible la dictadura de Mario y la de César.

Cae luego el mundo romano: pueblos venidos del Norte y del Oriente se precipitan sobre los pueblos del Occidente y del Mediodía: ¿se contentan tampoco con mandar las naciones vencidas? No; empiezan por apoderarse de la propiedad de la tierra, por despojar de gran parte de ella á las naciones sojuzgadas; y por un conjunto de circunstancias que sería ocioso y prolijo enumerar; llegan á una constitución de la propiedad que se presentaba por primera vez en la historia.

El poder y la propiedad contraen una unión indisoluble: la propiedad lleva anejo el poder; el poder lleva aneja la propiedad. Esta y no otra cosa fué el feudalismo, la consolidación del poder y la propiedad. Pero esa consolidación fué una inmensa tiranía para las clases subalternas, y produjo más tarde el movimiento de las municipalidades de los siglos XII y XIII, movimiento que no ha sido consumado sino por vosotros. Vosotros sois los que habéis coronado la obra empezada por las municipalidades de la Edad Media.

¿Qué era la propiedad antes de la revolución? La tierra estaba en su mayor parte en manos de la nobleza y del clero. En manos de la nobleza estaba amayorazgada, en manos del clero amortizada, en unas y en otras manos fuera de la general circulación. Como quedaban todavía grandes restos del antiguo feudalismo, sucedía que la propiedad, ora estuviese en manos del clero y ora en las de la nobleza, llevaba en muchas provincias aneja la jurisdicción y el cobro de tributos, así reales como personales, á pueblos enteros.

¿Qué hicisteis vosotros, es decir, qué ha hecho la revolución? Por un decreto devolvió al Estado la jurisdicción que había sido entregada á los antiguos señores feudales, y declaró abolidos los derechos señoriales; por otro declaró libre la mitad de los bienes amayorazgados en manos de los que entonces los poseían, y la otra mitad en manos de sus inmediatos sucesores.

Después de haber auyentado con la tea en la mano las comunidades religiosas, declaró por otro decreto nacionales los bienes de esas comunidades; y no satisfecha con esto, se fué apoderando sucesivamente de los bienes del clero secular, de los de beneficencia é instrucción pública, de los de los municipios y las provincias.

¿Y cómo habéis hecho esto? Para abolir los señoríos habéis rasgado las

prerogativas y las cartas selladas de los antiguos reyes, sin tener para nada en cuenta que muchos de los hombres que los cobraban eran los descendientes de los antiguos héroes de la reconquista del suelo patrio contra los árabes; ó los descendientes de los otros que habían ido á llevar por todos los ámbitos del mundo nuestra lengua y nuestras leyes.

Para desamayarzar los bienes de los nobles habéis rasgado las cartas de fundación que habían otorgado sus fundadores, las cédulas por las que los reyes las habían confirmado, las leyes seculares á cuya sombra se habían establecido.

Para apoderarse de los bienes del clero secular y regular habéis violado la santidad de contratos, por lo menos tan legítimos como los vuestros, habéis destruído una propiedad que las leyes declaraban poco menos que sagrada, puesto que la consideraban exenta del pago del tributo, inenajenable é imprescriptible.

¿Qué principio habéis proclamado para hacer esas grandes reformas? La conveniencia pública, el interés social. Y vosotros que eso habéis hecho en materia de propiedad, cosa que yo de todo corazón aplaudo, ¿os espantáis ahora de que vengan clases inferiores á la vuestra á reclamaros la mayor generalización de la propiedad? Porque en último resultado, la Internacional no pide sino que la propiedad se generalice más de lo que la habéis generalizado vosotros, que la propiedad se universalice. ¿No es acaso esa tendencia la que la propiedad viene teniendo? Si la examináis á través de la historia, ¿no encontraréis que la propiedad está hoy más generalizada de lo que nunca estuvo? Lejos de considerar inmoral la aspiración de la clase jornalera á la propiedad, ¿cómo no advertís que vosotros mismos, por la definición que de ella dais y por las circunstancias y el poder que le atribuíis no hacéis más que encender en el alma de las clases proletarias el deseo de adquirir, no sólo la de la tierra sino también la de los demás instrumentos del trabajo? ¿No estáis diciendo aquí á todas horas que la propiedad es el complemento de la personalidad humana, que es la base *sine qua non* de la independencia de la familia, que es el lazo de unión entre las generaciones presentes y las generaciones futuras? Es natural que la clase proletaria diga: si la propiedad es el complemento de la personalidad humana, yo que siento en mí una personalidad tan alta como la de los hombres de las clases medias, necesito de la propiedad para completarla. Si la propiedad es la *conditio sine qua non* de la independencia, para la independencia de mi familia necesito de la propiedad. Si la propiedad es el lazo que une la generación presente con las generaciones venideras, necesito de la propiedad para constituir ese lazo entre mí y mis hijos.

Ya sé yo, señores diputados, que después de las grandes reformas efectuadas por la revolución, no ha faltado entre vosotros quien haya creído que la propiedad es sagrada é inviolable; pero harto comprenderéis también que esto es completamente absurdo.

Pues qué, la tierra, que es nuestra común morada, que es nuestra cuna y más tarde será nuestro sepulcro, que contiene todos nuestros elementos de vida y de trabajo, que entraña todas las fuerzas de que disponemos para dominar el mundo, ¿había de ser poseída de una manera tan absoluta por el individuo que la personalidad social no tuviera derecho de someterla á las condiciones que exigen sus grandes intereses? ¿Por dónde venís, pues, á decir que es inmoral la aspiración de las clases jornaleras? Ya sé lo que vais á contestarme: lo que tenemos por inmoral, diréis, no es que las clases jornaleras deseen la propiedad individual, sino que quieran la propiedad colectiva. ¿Y esto es inmoral para vosotros? ¿No ha existido antes la propiedad corporativa, que en el fondo venía á ser la propiedad colectiva? ¿No es propiedad colectiva la del Estado? ¿No existe hoy mismo en el Oriente de Rusia? Todos vosotros conoceréis probablemente la organización de la propiedad en los pueblos slavos. En los pueblos slavos la municipalidad es la propietaria de todas las tierras del término. Esto no quiere decir, sin embargo, que los pueblos slavos vivan en común ni siquiera que cultiven en común la tierra. No: la municipalidad lo que hace es repartir las tierras del término entre las diversas familias que constituyen la municipalidad, y cada trece años practica un nuevo reparto, si es que las dos terceras partes de los vecinos no lo decretan antes,

La propiedad es allí colectiva sin que haya un verdadero comunismo: cada familia tiene allí su hogar; cada familia tiene tierras que cultiva por su cuenta.

Y qué, ¿creéis que los pueblos slavos son pueblos que cuentan corto número de habitantes? Los pueblos slavos los cuentan por millones. Os explicaba el otro día el Sr. Castelar el origen entre los internacionales de la idea de la propiedad colectiva, y os decía que un ruso eminente (Bakounin) era el que la había traído al Occidente de Europa.

Pero el mismo hombre público que expresa tan enérgicamente la idea revolucionaria cuando veía próximo el planteamiento de la república y solicita el apoyo popular para su sistema de gobierno, cuida poco después, y ante la misma expectativa, de dar satisfacción á la burguesía, por medio de un dictamen de bases económico-sociales presentado á la asamblea del partido republicano celebrada en Madrid en Marzo de 1872.

En dicho dictamen, impuesto también al partido republicano en la asamblea de Zaragoza de 1883, se lee el siguiente párrafo:

Esta comisión está firmemente convencida de que no es posible cambiar en un momento dado la organización social de los pueblos, y sí tan sólo ir modificando por una serie de reformas, ya en las leyes civiles, ya en las económicas, que la vayan purgando de los vicios que entraña, hasta acomodarlas al ideal de la más absoluta justicia. Y como, por otra parte, vea que lo que se ha convenido en llamar cuestión social no tiene aún en el criterio de ninguna escuela ni de ningún partido soluciones que satisfagan la razón y la conciencia pública, ha creído que la República federal que mañana se constituya no haría poco si empezase por poner á los jornaleros en situación de atender á sus necesidades intelectuales y morales, garantizase contra la inmoderada codicia de los capitalistas la justa cifra de los salarios, asentase sobre nuevas bases el crédito, haciendo que sus beneficios redundasen en favor de la masa de los productores y acelerando por este medio la elevación del proletario á propietario y encaminase al mismo fin la organización de todos los servicios públicos. Con esto y con reformar las leyes de la sucesión intestada, hoy extendida á grados que no consintió nunca el espíritu de la legislación verdaderamente española; con mejorar en favor de los colonos y de los inquilinos las condiciones de los arrendamientos; con estimular la posesión de tierras á censo y autorizar la redención del censo por partes; con ir, en una palabra, subordinando la propiedad á los intereses generales y llevándola á las manos de los que con su trabajo la fecundan, entiende la comisión que se adelantaría más en el terreno de las cuestiones sociales que pretendiendo transformar como por encanto la vieja sociedad de que formamos parte.

No nos proponemos únicamente hacer constar la falta de unidad lógica entre las ideas y la conducta de ciertos políticos, sino más bien aprovechar las ráfagas de pensamiento revolucionario que lanzan en determinadas circunstancias, para servirnos de ellas contra los sofismas que suelen oponer á las aspiraciones reivindicadoras del proletariado.

En efecto; el hombre que venía simbolizando la federación política, llega á hallarse en posesión del poder ejecutivo, ejerciendo de rey constitucional en una república que, aunque se había acordado llamarla federal, vivía en completo régimen unitario, y se ve en el caso de declarar rebeldes á los que en Cartagena querían hacer prácticos los principios que él mismo había propagado; mientras que en la ciudad donde ondeaba la bandera roja se desechó la idea de proclamar la transformación de la propiedad por una junta revolucionaria, ya que eso significa el documento antes inserto con fecha 2 de Octubre del 73. Y aquel mismo presidente del poder ejecutivo que declara rebeldes á sus correligiona-

rios, mejor dicho, á sus discípulos, no limita su pensamiento á distinguir entre la propiedad legítima y la ilegítima para entregar al Estado los bienes confiscados como de ilegítima posesión, sino que llega á afirmar que «el concepto de que la propiedad es sagrada é inviolable es completamente absurdo.»

Estudien detenida y desapasionadamente los trabajadores estas contradicciones y verán palpablemente que la causa de ellas consiste en el propósito deliberado de mantener vivo el privilegio, cambiando únicamente de privilegiados, para mantener al productor sujeto á la vil tiranía del salario, y por consecuencia alejado de su correspondiente participación en el patrimonio universal.

Fijémonos bien en estas consideraciones: Según el primer documento cantonal que dejamos transcrito, «las fuerzas vivas de producción y riqueza de nuestro país, se encuentran en su casi totalidad paralizadas é improductivas en las manos de una docena de familias privilegiadas que la adquirieron por derecho de conquista y donaciones realengas;» y sin embargo aquella Junta revolucionaria se opuso á reintegrar á los trabajadores en su derecho, invocando para justificar esta falta el respeto á la manera de ser tradicional de la propiedad.

Reconoce el pontífice del federalismo que «la tierra es nuestra común morada, que es nuestra cuna y más tarde será nuestro sepulcro, que contiene todos nuestros elementos de vida y de trabajo, que entraña todas las fuerzas de que disponemos para dominar el mundo, y por consiguiente es moral la aspiración colectivista de las clases jornaleras;» para venir luego á proclamar que «no haría poco la república si garantizase la justa cifra de los salarios.» Afirma que «la propiedad es el complemento de la personalidad humana,» y quiere luego que los trabajadores se contenten con ser despojados de esa propiedad y se limiten á vivir bajo un régimen que les promete el imposible de garantizarles la justa cifra de los salarios.

Todo eso son argucias: no puede haber reformas políticas que satisfagan á los despojados y les contengan en los límites de una platónica admiración hacia un régimen político que establezca la autoridad con más ó menos arreglo á ciertas condiciones artísticas; esto á lo sumo puede compararse á la admiración que muchas veces inspira el ingenio de ciertos estafadores. Lo único positivo en punto á reformas revolucionarias es desposeer á los que abusivamente y á la sombra de la ley han usurpado la propiedad de todos, y poner á las víctimas de la usurpación en posesión de los bienes usurpados.

¿Puede esto hacerlo la política? No hay partido alguno capaz de intentarlo siquiera, porque tal propósito se hallaría en contradicción con el monopolio de la riqueza y del poder, base esencial de la existencia de la burguesía, que es la iniciadora y organizadora de los partidos políticos.

Sólo comprendiéndolo así los trabajadores, y obrando en consecuencia, pueden afirmar el derecho por conquistas positivas y caminar con seguridad por la vía del progreso.—L.

## UNA APRECIACIÓN LEGAL DEL SOCIALISMO

CUANDO el bueno de Burton (1) representaba á la generalidad de los abogados como estruja-bolsillos, gente clamorosa, buitres togados, arpías irreligiosas, garduñas de arrebatina, llegó casi á descuidar la excepción de los «abogados dignos que son otros tantos oráculos y pilotos de una comunidad bien gobernada.» Hoy día las gentes están igualmente propensas á hacer caso omiso de la existencia de hombres buenos y honrados entre la gente de leyes, y de tratarlos á todos como peores. E. B. Bax ha demostrado, á su propia satisfacción y la de algunos otros, que un juez que piensa no puede continuar honradamente ocupando su puesto. Para él los abogados son asesinos mercenarios, y los jueces son máquinas inhumanas de pesar el pro y el contra ó tramposos de partido.

Por desgracia es verdad que la mayoría de la profesión legal está corrompida sin remisión, ya que no hay causa demasiado mala ni injusticia demasiado atroz que no encuentre algún abogado que la defienda por dinero ó por avance en su carrera, y en todo el curso de la historia no ha habido causa demasiado noble para no encontrar abogados que le hicieran oposición ó traición por los mismos elevados motivos. Siempre se han encontrado hombres sin conciencia ni principios para hacer el trabajo sucio de la tiranía legal ó comercial. Pero también ha habido numerosos ejemplos de hombres, que como abogados defendieron, ó como jueces sostuvieron la majestad de la justicia, quienes rechazando el cohecho y el aplauso de los poderosos, se atrevieron á pensar por el pueblo, y á decir verdad. Volveremos á ver á semejantes hombres cuando la ocasión se presente; entre tanto saludamos con gusto el espectáculo de un Presidente del Tribunal Supremo de Inglaterra, quien se atreve á denunciar la burla cruel del «libre contrato.» También podemos considerar como un acto heroico de su parte, dada su posición y la sociedad en que vive, cuando pone en tela de juicio los «sagrados derechos de la propiedad,» y reafirma el gran axioma antiguo, *salus populi suprema lex*.

Ante el Congreso anual de la Sociedad Jurídica de Glasgow, pocas semanas há, Lord Coleridge pronunció un discurso que tituló, «Pensamientos sobre el valor de las ideas claras, y sobre las leyes que regulan el goce de la propiedad.» Es la crítica más profunda de un asunto especial que se ha hecho de mucho tiempo á esta parte, y debería imprimirse para darle toda la circulación posible. Empezó conjurando á sus oyentes, que en todas las controversias empezaran por comprender bien la opinión de uno y otro, y por averiguar si la diferencia era de principio ó no. Queda tan verdadero como era en los días del obispo Butler (2) que «pocas personas ejercen su juicio sobre lo que les viene delante para ver si es concluyente y sostenible,» y que «muchas veces se necesitan argumentos para algún propósito incidental, pero pruebas como tales son lo que á algunas personas no les hace falta nunca.» Esclarecer la mente, ver las cosas como realmente son, tratar la tesis de un opositor tal como él la sienta y admitirla ó negarla, hé aquí las primeras necesidades de una controversia fructífera, sin las cuales la argumentación degenera en una contienda interminable y sin provecho. Sin embargo, generalmente el primer paso del opositor es no entender bien la tesis que impugna, y el argumento más común es desfigurarla consciente ó inconscientemente. La controversia no es tal vez la mejor atmósfera intelectual para un hombre, pero la controversia franca produce un efecto ro-

(1) Roberto Burton murió en 1640. Escribió: *Anatomía de la melancolía*.

(2) José Butler murió en 1752. Escribió: *Analogía de la Religión, natural y revelada, con la constitución y el curso de la Naturaleza*.

bustecedor en una mente sana, efecto que se pierde si disputamos por el triunfo más bien que por la verdad, pues si no clarificamos nuestra propia mente, conseguimos tal vez ofuscar la de otros. Y seguramente, si la claridad de las opiniones y el modo de exponerlas es importante en cualquier clase de ocupación intelectual, su importancia es mayor aún en las cosas enlazadas con la ley, la ciencia de las reglas de vida, de orden, de conducta, cuya ignorancia es una desgracia grave y cuyos errores van seguidos de males crueles, para los que caen en los mismos, y más crueles aún para sus víctimas. Sin embargo, no hay confusión más común que la que suele hacerse entre los principios fundamentales, los elementos virtuales de toda ley, y las aplicaciones de estos principios á estados y circunstancias que surgen y pasan, cambiando con las generaciones humanas, ya que el hombre mismo no continúa nunca de igual manera. La aplicación actual ó ejemplificación de un principio, se toma constantemente por el principio mismo, y los que rechazan la aplicación del principio ó tratan de reformarla, se ven atacados como si negasen el principio, ó desearan su destrucción.

Después de citar muchos ejemplos en que los hombres confunden las formas con la sustancia de que son manifestaciones exteriores, y tratan á los que son de otra opinión con respecto á la forma, como si negasen la existencia de aquello cuyas varias formas no son más que diferentes vestiduras, lord Coleridge dijo: que hoy día tal vez no haya nada en que la confusión sea más grande y más funesta que respecto á la propiedad misma, su idea ó principio, y las leyes sobre la propiedad, ó reglas para su disfrute práctico en las Islas Británicas. La distinción es tan palmaria que parece imposible disputarla, y tal vez nadie la disputa de palabra, pero aunque existe indudablemente, no menos indudablemente se olvida muchas veces por completo, y no solamente por hombres que no pueden hacerse cargo de un pensamiento claro y que á drede pasan de largo, sino por hombres de reflexión y cultura que al tratar esta cuestión pierden el juicio y la serenidad que la educación debería haber creado ó perfeccionado en ellos.

El derecho de propiedad, esto es, el derecho de poseer tranquilamente lo que uno mismo ha adquirido, es la base de toda sociedad. En todas las comunidades, hasta las más salvajes, se admite este derecho en una forma ú otra; sin nada de semejante derecho, ninguna sociedad podría existir. Pues bien, ¿qué es este derecho? Muy bien lo explica Sir W. Blackstone, en su segundo libro, pero mejor lo expone el malogrado Carlos Yorke en el *Tratado sobre la ley de confiscación*, que es el único recuerdo que tenemos de su brillante talento. El fin de la propiedad, dice, es la subsistencia, por cuyo fin la Naturaleza ha sellado nuestras pretensiones á la misma; de ahí que en un estado natural de las cosas, no podemos asumir más de lo que usamos ni retenerlo más tiempo del que lo poseemos directamente, y que no puede en manera alguna exceder de nuestra propia existencia. La manera de adquirir propiedad en el estado natural es por ocupación, acto corporal, no mental, siendo este último un modo que daría un título de propiedad demasiado precario y disputable. Al transferir la propiedad, el consentimiento expreso da un derecho al enajenatario contra el enajenador, y la ocupación confirma este derecho contra cualquier otro; pero después de la muerte no puede haber tal expresión. Todos los otros modos de transmisión ó adquisición son actos de ley positiva y civil, que impide que la propiedad del muerto vuelva al caudal común, como sucedería en el estado natural, y ninguno de tales modos de adquirir propiedad es necesario para la subsistencia del género humano, ni para sostener los propósitos de la Natura-

leza. Esto mismo se encuentra esmeradamente expuesto por Blackstone, al principio de su segundo libro, y por los autores que cita y aprueba. También encontraréis demostrado en estos y otros reputados escritores, fundados en la razón y el testimonio explícito de la historia, que todos los sistemas complicados y opuestos que han regido sobre la propiedad en los diferentes países civilizados, favoreciendo más ó menos á los propietarios, son sistemas de ley positiva, y que el derecho de la propiedad, como ha demostrado Mister Austen, no ha existido nunca aún en su forma más absoluta, sin alguna restricción.

Muchas leyes, entre otras las que tratan de la primogenitura, de la vinculación y de la mano muerta, han hecho evidente que el Estado inglés pretendía prescribir las condiciones en las cuales los ciudadanos habían de usar de la propiedad. También parece racionalmente claro que el Poder que prescribe reglas puede alterarlas, pues se llegaría á verdaderos absurdos si no fuera así, y además el consenso de las naciones y la práctica de siglos ha establecido esta sencilla verdad. Pero las consecuencias que de esto se siguen no las entienden siempre ó no las admiten aquellos á quienes interesan. A veces se oye hablar á la gente como si una regla, una vez establecida, estuviera firme para siempre, como si las reglas de disfrute llegasen á ser parte de la cosa disfrutada y como si todo el que pusiera en tela de juicio el acierto de las reglas, negara la existencia de lo que es el asunto de las reglas, y que el que se atreviera á proponer una alteración, debiera proponerla como en la antigua república griega, con una soga alrededor del cuello. Esto parece bastante absurdo, pero pregunto á todo hombre de rectitud ordinaria y de conocimiento muy general de la historia, si esto no sucede demasiadas veces todavía, y si en tiempos no del todo pasados aún no ha sido así de una manera horrible y vergonzosa. Las terribles leyes penales que hasta muy recientemente hacían crímenes capitales de contravenciones insignificantes, fueron defendidas por hombres de grandes facultades y carácter elevado, que siempre fundaban su resistencia á las reformas en la razón de que abrogar aquellas leyes sería atacar la propiedad, y que atacar la propiedad sería subvertir la sociedad misma. Hay que examinar los ejemplos de un estado de sentimiento pasado mucho tiempo há, como la queda y la venta de las novias; pues este sentimiento no ha muerto, la confusión de ideas en que se funda subsiste todavía, aunque los ejemplos especiales ya no existan.

Queda demostrado que la institución de la propiedad descansa en la utilidad general. Las reglas particulares por las cuales se rige el disfrute de la propiedad, siendo diferentes en cada país del mundo, deben descansar en último término en la misma base de la utilidad general. En este respecto, las leyes sobre la propiedad se parecen á todas las demás leyes. La defensa de cualquier ley debe descansar en definitiva en que conviene á la utilidad pública. Los déspotas, si tienen la condescendencia de defender su despotismo, lo fundan sobre esta razón. En los países libres no se concibe una ley que tenga otro fundamento. Parece una tesis elemental que un pueblo libre pueda manejar su caudal común como le parezca conveniente y pueda prescribir á sus ciudadanos reglas para el disfrute, la enajenación y transmisión del mismo. *El que 50 ó 100 caballeros ó aun 1,000 tengan el derecho de cerrar por confabulación las minas de carbón, de parar las fábricas de la Gran Bretaña y de paralizar su comercio parece inmensamente absurdo;* y en cuanto á perpetuidades, nadie puede dar lo que no ha recibido, y como nadie goza de la perpetuidad, menos la transmitirá á otro. En efecto; sería difícil, en vista de los proyectos de leyes aprobados por centenares cada año por ambas casas del Parlamento, negar que la propiedad privada pueda ser regulada legalmente para el bien público.

Pero se dice que no hay derecho para hacerlo sin la debida compensación. ¿Cuál es el sentido exacto de estas palabras, «derecho» y «debida»? ¿se pretende negar el derecho absoluto (no el poder, pues éste no lo duda nadie) del Estado de manejar el caudal común, con ó sin compensación? ¿y por «compensación debida,» se entiende que ha de ser debida, según la opinión de la persona compensada ó de la compensante, ó de quién? Los individuos en cuyo daño personal se altera la ley merecen, como cosa de vulgar imparcialidad, todas las consideraciones, y no debe hacerse nada en su detrimento, si es posible evitarlo; pero hace siglos que está decidido como cosa certísima que *no tienen ningún derecho á la compensación*. Todas las leyes de la propiedad deben descansar en la base de la utilidad general; un país pertenece á sus habitantes; la proporción en la cual, y las reglas según las cuales, sus habitantes han de poseerlo, deben fijarse por la ley, y *desde el momento que una fracción del pueblo pretende derechos inherentes en sí mismos y no fundados en el bien público, resultan absurdos evidentes*. La propiedad no es inherente á tal clase ni á tal individuo, sino que las leyes sobre la propiedad, como todas las demás, son hechas por el Estado para el Estado, y son la expresión de la inteligencia progresiva, que en un país libre domina y dirige la opinión del Estado sobre los varios asuntos de las leyes. Todo cambio debería hacerse con cuidado y delicadeza, sin disturbios innecesarios, con la compensación satisfactoria, si puede ser, hasta para las personas desfavorecidas por el cambio, y sin violar el gran principio de que el derecho no debe conseguirse por la injusticia, ni hacerse el mal para que resulte el bien; pero no es injusto cambiar la ley por buena razón en términos imparciales; no es un mal reivindicar la supremacía del Estado sobre aquello que se emplea para su destrucción.

Convendría que todos los tenedores de propiedad en grande ó pequeña escala reconocieran claramente que su título al disfrute de la misma debe descansar sobre el mismo fundamento, la ley, positiva ó presuntiva, pero práctica é inteligible, no sobre algún concepto sagrado ó místico y trascendental, y que el modo y la medida de su disfrute del caudal común del Estado, si perjudica al Estado, no puede defenderse ni aguantarse más que cualquier otra calamidad pública, sea de orden criminal ó civil. Se dice muchas veces que el cambiar las leyes de la propiedad implica una ingerencia en el contrato libre, pero la libertad de contratar implica que ambas partes estén libres en realidad y no de nombre solamente. No puede haber contrato libre entre un esclavo y su amo, ni con un niño, ni cuando una parte del llamado contrato puede imponer y la otra debe aceptar sus términos, por más que sean onerosos ó inherentemente injustos. Acuérdense los que proclaman la libertad del contrato que, para ser consecuentes, debieran rechazar todas las leyes que permiten y regulan las quiebras, desde Jaime VI de Escocia hasta Mister Chamberlain.

Estas declaraciones de uno de los más grandes jurisconsultos de nuestra época, las deberían meditar aquellos que atacan rabiosamente á los socialistas. Para el que lea con atención é imparcialidad, resulta claro que aquí una gran inteligencia ha ponderado el asunto sin preocupación, y ha hablado sobre el mismo como uno que desea contribuir á que se comprenda, aunque no sea partidario de una interpretación determinada.

Al socialista le prueba que las ideas por que combate van abriéndose paso, no solamente en la calle y gabinete de estudio, sino en todas partes, doquiera se desenvuelva la inteligencia humana ó se manifieste su energía.

H. HALLIDAY SPARLING.

*The Commonweal.*

## LA SÍFILIS

LA extensión de los conocimientos de los trabajadores contribuye á robustecer su criterio y facilita la obra de su emancipación. Por el estudio se desvanecen las confusiones de la aspiración para adquirir las formas positivas de la realidad, y por la crítica de lo existente se viene en conocimiento de las raíces del mal que nos agobia.

Necesitamos elevarnos por la razón al conocimiento del conjunto social que se conforme con las condiciones de nuestra especie y con las exigencias de la justicia, á la par que debemos analizar y examinar las fuerzas, los errores, los vicios y las preocupaciones que nos sujetan á la sociedad presente.

Estas consideraciones nos mueven á aprovechar los trabajos presentados á la Academia de Medicina de París por el Dr. Fournier, como ponente de la Comisión nombrada para estudiar las reformas que habrían de introducirse en la profilaxia pública de la sífilis, ampliándolos con algunos datos oportunos que darán á nuestros lectores completa idea de la calamidad social de que vamos á ocuparnos.

La sífilis, verdadera peste moderna, amenaza la salud pública con un peligro gravísimo y permanente, peligro *individual, hereditario y social*.

El individuo, una vez infectado de sífilis, no está nunca seguro, aun después de un tratamiento específico prolongado, al que por lo demás pocos enfermos saben someterse, de estar para siempre libre de nuevos vencimientos, por decirlo así, que pueden presentarse á plazos muy largos, es decir, después de diez, veinte, treinta y más años. Las recientes investigaciones de la ciencia han ensanchado grandemente los límites de los dominios de la sífilis, pues un gran número de afecciones cerebrales, espinales, oculares, articulares, laríngeas, hepáticas, renales, vasculares y otras, se han encontrado dependientes de esta diátesis; la sífilis cerebral sobre todo se considera ya como un hecho bien averiguado é incontestable.

La sífilis es una enfermedad contagiosa virulenta, constitucional, hereditaria é inoculable, constituída por un germen ó principio virulento. Cuando no es hereditaria se manifiesta por una lesión local que parece insignificante si se la compara con el número inmenso de manifestaciones morbosas subsiguientes. En esta desastrosa enfermedad se interesa todo el organismo, que se ve atacado en sus fuerzas vivas, en los focos más profundos de su nutrición elemental, llegando al extremo de que en un momento dado todas las células se embeben de la materia morbosa. La impregnación es larga, tenaz y rebelde; resiste á los cambios materiales que se verifican incesantemente en los tejidos; se opone á la fuerza eliminadora que actúa en ellos cuando un agente agresivo y perjudicial los invade, y no se deja expulsar y neutralizar sino muy difícilmente por los agentes específicos. A pesar de la larga estancia del virus en el medio sanguíneo, llega un momento en que desaparece; pierde sus propiedades contagiosas, y á partir de aquí las lesiones emanadas de la acción sífilítica dejan de ser peligrosas é inoculables; creeríase que la enfermedad ha dicho su última palabra, que ha llegado al término de su evolución. Desgraciadamente no sucede así: aunque en muchos enfermos no tenga ulteriores consecuencias, en otros no es más que la primera etapa. De difusa y superficial que había sido hasta entonces, la enfermedad se torna circunscrita y profunda; se la ve reaparecer después de muchos años de silencio, y esta reaparición es más violenta, más enérgica; se diría que sus raíces se han sumergido más profundamente en el organismo, más allá de la sangre, en las partes más íntimas del sér, en los últimos confines orgánicos, hasta en la sustancia primordial de la vida.

Las consecuencias hereditarias de la enfermedad, son todavía más desastrosas. Una mortalidad enorme, espantosa, pesa sobre la prole de los individuos sífilíticos, alcanzando por la parte de la madre hasta 71 por  $\%$ , y en los establecimientos hospitalarios aun hasta 84 y 86 por  $\%$ . Además el influjo de la sífilis hereditaria puede prolongarse más allá de la primera infancia, constituyendo hasta en la adolescencia, y acaso todavía más tarde, una causa de afecciones graves que pueden producir la muerte. Se sabe que cierto número de lesiones que hasta ahora se habían imputado vagamente á la escrofulosis, no son en realidad más que manifestaciones tardías de la sífilis heredada.

Las consecuencias sociales son las siguientes: achaques diversos que van á parar á la incapacidad para el trabajo y á la miseria, carga excesiva para la beneficencia pública; en el ejército inutilidad permanente de un gran número de individuos; propagación de contaminaciones innumerables entre la población; introducción de la sífilis en el matrimonio, conduciendo á las separaciones y divorcios con todas las calamidades sociales consiguientes; contaminación frecuente de las nodrizas; esterilidad de cierto número de matrimonios, ó lo que es peor aún, degeneración de la raza; gran mortalidad de la juventud que desde el punto de vista social se presenta como factor activo de la despoblación, etc.

Las proporciones que alcanza tan terrible enfermedad superan á lo que puede imaginarse el más pesimista y contrastan con la estúpida indiferencia con que las mira la generación presente.

En Inglaterra se calcula que se aproxima á dos millones el número de atacados anualmente por la sífilis, y considerando al ejército como el mejor y más exacto termómetro para conocer con certeza los males que esta enfermedad causa en el país, recogemos los siguientes datos:

En el período de 7 años y 3 meses antes de 1851, el ejército inglés de guarnición en el Reino Unido, sobre un total de 44,611 hombres ha dado cada año 8,032 casos de infección, ó sea unos 181 enfermos por 1,000. En 1853 la proporción fué de 250 por 1,000; en 1854, de 108 por 1,000. En 1860 había en el interior del reino 506 atacados por 1,000, cuya permanencia en los hospitales representó una pérdida anual de servicio de 8'69 días por individuo. Durante el curso de 1862 el efectivo de los buques de guerra de estación en las costas de Inglaterra se elevaba á 20,760 hombres, de los cuales resultaron 2,978 casos de infección. En el mismo año y en el siguiente 1863, el ejército inglés daba anualmente más de 318 por 1,000, y en 1864, 290. Según Holland, 50,000 mujeres vivían entregadas á la prostitución en Inglaterra, y en el curso de un año fueron causa de que adquirieran la sífilis 1.652,500 individuos de ambos sexos.

En Francia, á causa de mirarse con más atención que en Inglaterra las medidas profilácticas, la proporción de los soldados sífilíticos fué en 1864 de 113 por 1,000.

En Bélgica se atiende aún con más escrupulosidad á la proxilaxia del mal, y con todo, la proporción no baja de 90 por 1,000.

En España, según datos tomados de una estadística que comprende de 1873 á 1878, la infección del ejército representa el 96 por 1,000. Cada uno de estos atacados causa una hospitalidad media de cinco días más que los de otras enfermedades; de modo que si se comparan las bajas producidas por otras afecciones, las venéreas y sífilíticas suman la quinta parte y para su curación gravan al Estado en más de 3.000,000 de reales al año.

En Italia, según la estadística del Consejo de Sanidad del ejército italiano, de 200,000 hombres que componían el efectivo de aquel ejército en 1869, resultaron 18,719 sífilíticos, y al siguiente año, 24,100.

En Rusia alcanza el mal una extensión horrible: según datos suministrados por diferentes estadísticas, no ya referentes sólo al ejército, sino comprensivos de los diferentes estados en que se dividen los habitantes de aquel imperio, la enfermedad infecta el 42 por 100 de la población.

Por escasos é insuficientes que estos datos sean, dan, no obstante, clara idea del inmenso alcance del mal, porque dejan suponer el desarrollo que alcanzará en todos los países de donde no hay estadística.

Si en el sentido estricto de la palabra hay sífilis *buscadas*, no deja de haber muchas *encontradas*, como la de las mujeres honradas infectadas por su marido, de las nodrizas infectadas por sus crías, y de éstas infectadas por aquéllas; sífilis inmerecidas son también las que los niños llevan al nacer, y que los mata por regla general; en fin, todas las sífilis que no son de origen venéreo, como las que resultan de la vacunación, las de que en el ejercicio de su profesión se infectan los médicos, los alumnos, las comadronas, las que resultan de un simple contacto casual, etc., etc.

La profilaxia de la sífilis, se impone, pues, como derecho y como deber social. En cuanto á las medidas que deben tomarse para conseguir esta prevención, pueden clasificarse en tres conceptos: se puede combatir la sífilis por un conjunto de medidas de administración y policía encaminadas á tener á raya la provocación en la vía pública, á someter á las prostitutas al régimen llamado de inscripción, á vigilar los establecimientos que bajo la careta del nombre de cervecerías ó botellerías, no son en realidad más que casas de prostitución, etc., etc.

En segundo lugar, puede atacarse la sífilis *tratándola*, hospitalizándola, curándola; es decir, en términos generales extinguiendo los gérmenes del contagio.

Finalmente se la puede combatir instruyendo más completamente de lo que se ha hecho hasta el día á las generaciones jóvenes de médicos en todo lo que concierne los síntomas de la enfermedad, sus diferentes formas, sus peligros sociales, su tratamiento, etc.

Estos tres órdenes de medios contribuyen en grado diferente al logro del resultado apetecido.

La Comisión declara que los siguientes principios constituyen la base de una profilaxis antisifilítica:

1.º La prostitución crea un peligro público por los contagios venéreos que disemina en la población;

2.º Es indispensable desde el doble punto de vista de la higiene y de la moral, que la prostitución sea *vigilada* y si cabe *reprimida* por los poderes públicos;

3.º El sistema de la *prostitución libre*, es decir, no vigilada, es desastroso para la salud pública;

4.º La *provocación pública*, que constituye el único modo de manifestación exterior por el cual la prostitución puede atacarse legalmente, debe combatirse y reprimirse en sus diversas formas;

La provocación pública, que constituye á la vez un escándalo público, un ejemplo de desmoralización y un peligro por el número incalculable de contaminaciones de que es origen, ha alcanzado en nuestros días un desarrollo extraordinario, manifestándose abiertamente ó con disimulo en formas muy diversas.

Hay la provocación callejera que pulula en las calles principales y las vecinas desde las ocho de la noche hasta la una; la provocación matinal, que se manifiesta en forma de pequeñas trabajadoras que van á su trabajo, con una

caja de cartón ó un lío en la mano; la provocación tendera que se ejerce en las tiendas que dan á la calle, sobre todo las de perfumería, guantería, fotografías, librerías de curiosidades, etc. La provocación escolar, que rodea los colegios, institutos, etc., y es explotada por verdaderas agencias de mujeres que espían á los estudiantes en las horas de entrada y salida para atraerlos, procurándose sus señas, las señas de sus domicilios, y enviándoles cartas hasta á casa de sus padres; la provocación de las cervecerías, cafés, etc., con servicio femenino, establecimientos que, desconocidos pocos años há, se han multiplicado con funesta rapidez, llegando á ser los centros más activos de propagación de la sífilis, puesto que el mayor número, si no todos, no son más que casas de prostitución disfrazada, de prostitutas libres, es decir, no vigiladas, y por esto infinitamente más peligrosas que las casas públicas, siendo en efecto antros de perdición física y moral para los jóvenes que allí encuentran los tres azotes de la sociedad actual, la *holgazanería*, el *alcoholismo* y la *sífilis*; la provocación de las tabernas, más peligrosa aun que la anterior, porque se dirige á un público más numeroso, á la clase obrera y al ejército.

De estas diversas formas de provocación pública, resultan tantos peligros, que la Comisión no ha titubeado en proponer que la autoridad considerara esta provocación, fuente de tantos contagios, como un *delito*.

La Comisión propone á la Academia que tome los siguientes acuerdos: 1.º llamar la atención de la autoridad sobre el desarrollo que ha tomado la provocación en la vía pública, en estos últimos años, y reclamar una represión enérgica; 2.º declarar necesario asimilar con esta provocación de la calle, varios modos no menos peligrosos que la provocación pública ha tomado en nuestros días, como el de las tiendas, de las cervecerías, y particularmente de las tabernas; 3.º denunciar á la autoridad de una manera no menos especial, la provocación que rodea los liceos, los colegios, y tiene por resultado la excitación de los menores á los excesos; 4.º declarar que ante la salud pública, lo mismo que ante la moral, estos diversos modos de provocación constituyen un delito que debe reprimirse legalmente.

También habría lugar á indicar especialmente que la salud pública exige la vigilancia médica de las jóvenes reconocidas culpables del delito de provocación, de lo que resultaría: 1.º la obligación de la visita periódica de estas jóvenes, y 2.º la reclusión en un asilo sanitario especial de aquellas que resultaran afectadas de enfermedades venéreas, y especialmente de sífilis.

El sistema propuesto por la Comisión, descansaría en la ley que declarara delito la provocación pública, confiando la represión á quien corresponda mientras que el sistema actual no tiene otra base que la arbitrariedad de la policía. La Comisión pide, en segundo lugar, que los principios del derecho común presidan todas las medidas de represión ó cohesión que se juzguen necesarias, no pudiendo, por ejemplo, la inscripción de una joven culpable del delito de provocación en la vía pública hacerse sino por fallo de tribunal después de un debate contradictorio.

Por otra parte, la Comisión ha opinado unánimemente que cuando una vez las cosas hubiesen entrado en la legalidad estricta, la salud pública estaría interesada en que la penalidad de la inscripción continuara sometiendo á la joven inscrita á vigilancia médica. Pero considerando insuficientes las medidas vigentes en la actualidad, la Comisión propone que todas las jóvenes inscritas sean sometidas á una visita semanal de fecha fija, y además á una visita suplementaria mensual por parte de un médico inspector de fecha desconocida. Cada una de estas visitas sería completa, sobre todo con respecto al examen de

los órganos genitales y de la boca. Las medidas que se adopten en la capital deberán emplearse también en provincias.

Propone además la Comisión diferentes medidas respecto á la hospitalización, á la profilaxia del ejército y á la enseñanza de la especialidad, que omitimos porque todas se basan en el mismo principio legal y autoritario antes indicado.

En cuanto á la protección que debe concederse á las nodrizas contra los riesgos de contaminarse por la cría, la Comisión cree que sería equitativo conceder á las nodrizas contra sus crías, la misma garantía que las familias exigen de las nodrizas. Para este fin, el reglamento de las agencias de nodrizas podría completarse con un párrafo que dijera:—«no se permite á nadie tomar una nodriza sin la presentación de un certificado del médico, que garantice á la nodriza contra todo riesgo de afección contagiosa que pudiera transmitirle el niño que va á criar.»

El dictamen termina con las siguientes consideraciones: «O la Comisión se engaña en absoluto, ó del debate que no puede dejar de surgir en el seno de la Academia, sobre las grandes cuestiones que acaba de exponer resultará algo útil para la causa pública. Nunca se ha ofrecido una ocasión más solemne para afirmar la urgencia, la necesidad social, los defectos actuales de la profilaxia, de la sífilis. Si podemos hacer algo contra esta enfermedad, este es el momento de hacerlo; ahora ó nunca es el momento de abandonar las viejas rutinas, y de acabar con los sistemas gastados, carcomidos, impotentes, para intentar un esfuerzo nuevo, conforme al espíritu moderno digno de la higiene y de la ciencia actuales, esfuerzo que puede ser fecundo en resultados felices.»

\*  
\* \*

Hasta aquí el extracto del dictamen de la Comisión para la profilaxia de la sífilis, en el cual hemos procurado conservar los caracteres científico y empírico que en el documento dominan.

Se ve claramente que los médicos tienen claro concepto de la esencia de la sífilis y de la gravedad de sus consecuencias, pero preocupados como los hombres más vulgares por la rutina gubernativa y estacionaria, proponen medios profilácticos impotentes para destruir la potencia de las causas morbosas.

La Comisión lo declara terminantemente: su sistema descansa en la ley que declare delito la provocación pública y en la represión. Toma la sociedad tal cual es, la considera irreformable y trata únicamente de llevar los medios coercitivos existentes á los elementos generadores de la enfermedad, sin tener en cuenta que por este sistema sólo se consigue aumentar el número de los centros dependientes del Estado, y por consiguiente, elevar la cifra de los cohechos, fraudes é inicuas imposiciones patrocinadas por la autoridad. Por este sistema no se combate la sífilis y se protege la holgazanería, otra de las plagas sociales reconocida por la Comisión.

En vano se buscará en el dictamen que nos ocupa una palabra encaminada á elevar el nivel moral y material de las últimas capas sociales, ni menos dirigida á combatir la brutal explotación á que se halla sometida la mujer desvalida, causa primordial de la prostitución, limitándose los señores académicos á estudiar su especialidad, mezclándola con torpes preocupaciones en cuanto se roza con otra clase de estudios que á su especialidad no se refieren directamente.

No es esta la manera de atacar un mal cuyas raíces son tan profundas. Mientras los privilegiados usurpan la parte de riqueza pública que á los desheredados corresponde, y tan inicua usurpación constituya el régimen social de

las naciones, habrá necesariamente mujeres cuyo único medio de vida sea la prostitución, hombres que se encenaguen en el vicio y junto con la degradación moral consiguiente se desarrollarán las causas de degeneración de nuestra especie.

Los médicos que esto desconocen podrán estar muy versados en el estudio de su especialidad, serán competentes para curar individualmente la sífilis, pero son incapaces de establecer la profilaxia social de tan terrible enfermedad. Conocen una de las fases de la cuestión y sobre ella edifican todo su sistema, pero ignoran completamente las restantes y su sistema es ridículamente inútil.

A eso llega la burguesía después de cien años de absorción y predominio: á presentar una ciencia plagada de preocupaciones é ignorancia, que resulta impotente cada vez que aspira á realizar un bien general.

Desengañense esos higienistas burgueses: todas sus estadísticas, todas sus lamentaciones sobre la extensión del mal y todos sus proyectos para su extinción sólo podrán ser eficaces el día que se determinen á entrar en el campo de la revolución social.

Entre tanto los trabajadores aprovechemos los estudios de nuestros adversarios los burgueses y llevemos nuestra acción donde ellos son incapaces de llegar, y á la par que nuestra emancipación obtendremos la salud social.—L.

#### MISCELÁNEA

EN el número próximo empezaremos un extracto de la importante obra *Las Mentiras convencionales de nuestra Civilización*, escrita en alemán por Max Nordau.

Al emprender este trabajo, creemos prestar un servicio al ideal revolucionario, y demostrar á nuestros favorecedores que sabemos corresponder á sus beneficios, acompañándoles en su entusiasmo por el triunfo de la verdad y en su actividad para alcanzar el planteamiento de las revelaciones de la sociología.

Nos anima á este propósito el éxito obtenido por el extracto de la obra *El Individuo contra el Estado*, publicado en los primeros números de ACRACIA, y que obtuvo los plácemes de personas competentes é imparciales.

Dada la importancia de la obra, parécenos preferible este sistema al de dar nuestra opinión sobre la misma en juicio bibliográfico, en el cual comunicásemos al lector nuestras impresiones, prefiriendo que éste las reciba directamente y juzgue por sí mismo. De esta manera no nos limitaremos á decir que la obra es buena para que el lector nos crea por la fe de nuestra palabra, sino que le pondremos en el caso de que por sí mismo lo reconozca, al propio tiempo que podrá aprovechar las saludables enseñanzas que la obra contiene.

En una sociedad tan insolidaria y egoísta como la en que vivimos, muchos descubrimientos corren peligro de ser explotados por el mercantilismo y la charlatanería.

Algunos experimentos de hipnotismo hechos en público han sugerido á algunos aventureros la idea de explotar la credulidad de los ignorantes, organizando al efecto espectáculos en los cuales se ofrecen como poseedores de una panacea que cura toda clase de enfermedades, y apoyan sus pretensiones en la admiración que en los espectadores producen los resultados hipnóticos obtenidos sobre las desgraciadas víctimas que se someten á ser sujetos de sus experimentos.

En vista de semejante abuso, creemos oportuno prevenir á nuestros lectores, basándonos en la opinión de personas competentes, según la cual el hipnotismo puede aplicarse como medio terapéutico ó curativo en los casos en que esté perfectamente indicado, y cuando la indicación no existe es contraproducente y perjudicial en mayor ó menor grado, según la enfermedad y las circunstancias especiales que en el caso concurren.

No se detiene el charlatanismo á curar las enfermedades donde no alcanza la indicación terapéutica del hipnotismo, indicación, por otra parte, desconocida generalmente del charlatán hipnotizador, ya que en medicina no suele llegar á curandero, sino que necesitando víctimas para sus espectáculos, suele servirse de personas que gozan de perfecta salud, dando lugar á que contraigan enfermedades nerviosas graves que han amargado para siempre su existencia. Muchos desgraciados casos revelados por la prensa profesional comprueban esta afirmación.

ACRACIA, que respeta la ciencia tanto como reprueba las mixtificaciones de que pretenden hacerla objeto hombres inspirados por miserable idea de lucro, cree cumplir un deber dando este aviso á sus amigos y favorecedores.

Con el título *Les femmes en marche* y firmado por «Clara,» encontramos en *Le Socialiste*, de París, un artículo cuyo extracto juzgamos interesará á nuestros lectores.

El medio económico que impulsa á todas las capas sociales hacia una sociedad igualitaria, ha comenzado á dejarse sentir en la esfera de la actividad femenina. No es que se haya efectuado un cambio en las ideas respecto á la capacidad de la mujer, sino que las condiciones económicas han destruído naturalmente esta preocupación. La fatalidad económica que arranca del hogar á la mujer y á la hija del proletario para luchar en la fábrica contra su padre y su hermano, lleva también á la mujer burguesa á abandonar la vida de familia para forzar las puertas de la universidad.

Conviene no desconocer las causas de este fenómeno: no es la necesidad de instruirse ni el amor á la ciencia lo que impulsa al estudio á la mujer de nuestra época. Así como en otros tiempos la necesidad arrancó las hordas bárbaras de su país natal, para buscar comarcas mejores que ofreciesen más fácilmente los medios de subsistencia; hoy se presenta á la mujer el mismo problema: «¿Qué sucederá, cómo podré vivir si el padre muere ó se arruina ó si no se presenta un marido?» Esto es lo que más ó menos conscientemente impulsa á las muchachas de la burguesía á invadir el dominio de la ciencia, que el egoísmo masculino de los privilegiados retenía como cosa propia, y que las condiciones de la producción conserva hasta el presente, y que nuevas condiciones les arrancará mañana.

Así, á medida que la burguesía camina á su inevitable fin, se ve progresar rápidamente la instrucción superior de la mujer.

Véanse algunas cifras relativas únicamente al estudio de la medicina, que prueban que, no un corto número de cabezas exaltadas ó de solteronas sin esperanza han cambiado el cuchillo de cocina por el escalpelo, sino que es la vanguardia de un ejército que lucha por la existencia, por la emancipación económica, base única de toda emancipación.

Distínguese Rusia, que en las siete universidades del imperio contaba durante el año de 1881 778 solteras y 31 casadas. A esta cifra ha de añadirse las que estudian en el extranjero, principalmente en Suiza.

En Norte-América hay 560 doctoras, de las cuales 46 viven casadas con doctores en Nueva-York, siendo de notar que, á excepción de 3, han amamantado á sus propios hijos, cuyo número se eleva á 84.

Desde hace unos quince años, las médicas son preferidas en Inglaterra y en las colonias británicas.

En París, donde las primeras estudiantas tuvieron que vencer muchas preocupaciones, algunas mujeres han coronado sus estudios con los más brillantes exámenes. La señorita Benoist ha sido encargada de la vigilancia higiénica superior de todas las escuelas de la ciudad, y muchas otras han sido destinadas á diferentes clínicas.

En Berlín hay 3 doctoras asociadas á la dirección de la Clínica para mujeres; en el año de 1886 han dado gratuitamente consultas á 11,218 enfermas.

En Italia hay también doctoras, y una de ellas ha sido escogida como médica de cámara de la reina.

También las tenemos en España, y más habría si no fuera la preocupación del actual director de Instrucción pública, que ha impedido durante su mando que las mujeres se dediquen á la ciencia; pero el impulso está dado y el Sr. Calleja no es eterno.

Véase á qué quedan reducidos los idilios que sobre la vida patriarcal y la cándida y estrecha felicidad de la familia cantan nuestros poetas.

Hemos recibido los cuadernos II al V de la *Biblioteca de Propaganda para los Trabajadores*, que se publica en Turín. Los cinco publicados se titulan:

- I. — Necesidad de un partido obrero (agotado).
- II. — Los medios é instrumentos de trabajo y la burguesía.
- III. — *La Commune de París*: I. — El 18 de Marzo.  
— II. — *La Commune*.  
— III. — París y Versalles.  
— IV. — La Semana sangrienta.

Domina en esta publicación un criterio justo y revolucionario. En el cuaderno II se señala con precisión rigurosa el momento en que el tercer estado se dividió en burguesía y proletariado, mixtificando la revolución y dando lugar á esas dos clases que hoy luchan, una por la conservación de los privilegios y otra por la emancipación social de todos los oprimidos. Los cuadernos que tratan de la *Commune* son una historia completa de aquel gran movimiento revolucionario.

Recomendamos esta publicación, que, aunque en italiano, es de fácil inteligencia, para los lectores españoles, porque además de su interés revolucionario es maravillosamente barata (5 céntimos cada cuaderno).

Los pedidos á la tipo-litografía C. Bianco, via Urbano Ratazzi, 9. Torino.

Tipografía LA ACADEMIA, de la Viuda é Hijos de E. Ullastres, Ronda de la Universidad, 6, Barcelona